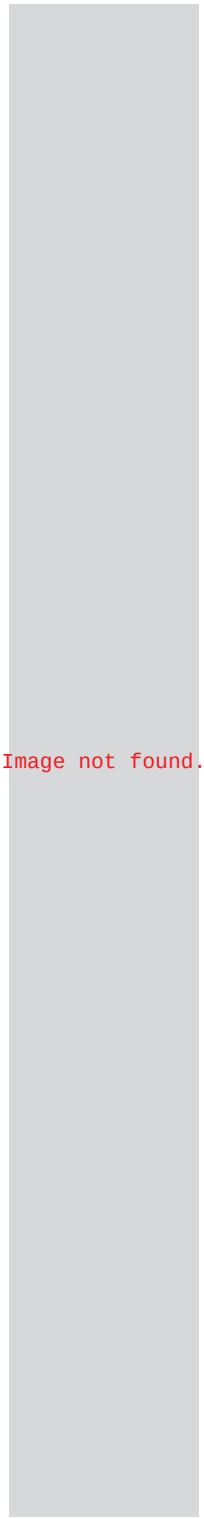
# ANGUSTIA

Láquesis M. R.



# Capítulo 1

No sé por qué la gente cree que lo que tengo es miedo. Tampoco sé para qué estaré escribiendo esto, si odio tratar el tema. Y lo odio precisamente porque me obsesiona. No me deja pensar en nada, en absolutamente nada. Sólo en el inminente –y ficticio- peligro.

Pero no se trata de un peligro excitante, de los que tanto me gustan, de esos que surco y por los que vuelo, aprendiéndolos y reconociéndolos hasta hacerlos familiares y seguros – y, realmente, ¿qué hay más arriesgado que hacer de un peligro un amparo?-. Probablemente no muchas cosas, pero es tan provocador y liberador, ese peligro, que lo abrazo con ardor, dejándome seducir a sabiendas. Y no me suelo conformar con saborear la miel, sino que meto la cabeza de lleno en el panal, pringándome toda entera hasta enloquecer de placer en un desenlace casi morboso, repleto de picotazos, pero del que salgo con una sonrisa triunfal.

No, no es esa clase de peligro. El que me atañe es un peligro con dientes, desagradable, tirante, irreal. Siento como el instinto de supervivencia estalla dentro de mí y recorre a toda velocidad cada mísera célula de mi ser de forma incontrolable. Es como si yo misma, una parte visceral e inconsciente de mí misma, oprimiera mi propia felicidad por unos instantes. Una prisión etérea se planta en mi pecho y contengo la respiración mientras tenso todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo. Soy consciente de mi estado durante todo el tiempo pero, a la vez, no me percato de ello hasta que me duele la mandíbula. Entonces, cuando cobro conciencia de mí misma (que no es poca cosa), intento relajarme.

Me doy cuenta de que estoy respirando muy superficialmente y, tras intentar apartar el pensamiento que colma mi mente, inspiro profundamente, llenando mis pulmones de un trémulo aire que apesta a gasolina y que dista mucho de ser tranquilizante. Intento relajar mis extremidades y desenredo mis piernas, agarrotadas, que se abrazaban la una a la otra, aferrándose brutalmente. Extiendo los dedos de los pies, encogidos, temerosos, dentro de los zapatos, hasta que gestan un nuevo tipo de tensión.

«¿Estás bien?», me preguntan siempre. Y yo asiento. «No te preocupes», continúan con cara de circunstancias, creyendo comprenderme, como si así fueran a ayudarme. A veces pienso que podría explicarles que si yo con mi intenso debate interno no consigo relajarme, ellos no lo van a conseguir con tres palabras. Y no lo van a conseguir, para empezar, porque creen que me preocupa algo. Y no es así. No me preocupa nada. No pienso en nada. Es automático, como un interruptor o una alarma de incendios. Supongo que es una alarma de incendios estropeada, fallida,

que salta cuando no tiene que saltar. Y yo no puedo evitarlo, no puedo evitarlo y no puedo evitarlo. Pero no digo nada, sólo quiero que pase el mal rato de una vez por todas, en silencio, encerrada conmigo en mí misma. «Estás muy callada», «estoy pensando», digo rápidamente y sin vocalizar mucho, mientras mi dialéctica interna continúa.

No tengo ganas de hablar, ni de que me consuelen, ni de que me tranquilicen… apenas tengo ganas de tranquilizarme a mí misma. Pero sigo forzándome a aparentar calma mientras tiemblo por dentro. Miro por la ventanilla y me concentro en las luces que se atisban entre la negrura, cuando me doy cuenta de que vuelvo a contener la respiración. Suelto todo el aire que tengo en los pulmones, lentamente, para coger una nueva bocanada. También intento, de nuevo, calmar mi cuerpo, tenso hasta la médula. Pero es imposible. Contra todo pronóstico, el corazón no me late desbocado, sino que palpita con cuidado, alerta, como atento, preparándose para el riesgo aparente que está por llegar y nunca llega.

Además me están preguntando que en qué pienso. Y yo no quiero hablarlo. Lo último que quiero hacer es hablarlo. «En muchas cosas» intento sonreír, curvando las comisuras de los labios, que habían estado fruncidos hasta ese momento, en una mueca que no pasa por sonrisa ni por asomo.

Y al final siempre me abandono a la obsesión, que, comprendo, es lo mejor que puedo hacer para olvidarla. Me encierro más aún con el fin de liberarme, porque sé que para sobreponerme he de zambullirme en mis preocupaciones, dejar que me hagan el amor, que me destrocen, que me abracen y devolverles el abrazo con ímpetu. Algunas —pocas— veces estoy a punto de conseguirlo. Y cierro los ojos y me confío a la nada, quedándome en el umbral de la libertad, atisbándola pero sin llegar a atraparla, consolándome en la certeza de que queda poco para que acabe mi congoja.